



pública toleraba el hecho de que las vidas de millones fueran empeñadas en las decisiones irresponsables de un sólo hombre. Sin embargo, aunque Francia conocía nuestras obligaciones, Sir E. Grey se rehusó hasta el último momento, a informar a Alemania de las condiciones para nuestra neutralidad o de nuestra intervención.

No puedo resistir decir lo que se concluye de que el Gobierno ha fallado en su deber para con la nación al no revelar los arreglos con los franceses, hasta que en el último momento, los hizo la base de un llamado al honor; que ha fallado en su deber para con Europa, al no declarar su actitud desde el principio de la crisis; y que ha fallado en su deber para con la humanidad al no informar a Alemania de las condiciones que habían asegurado su no participación en una guerra que, cualquiera que sea su desenlace, habrá de causar indecibles sufrimientos y la pérdida de muchos miles de nuestros más nobles y valientes ciudadanos.

Bertrand Russell

Mientras tanto vivía yo en la más alta tensión emocional. A pesar de que no preveía yo el desastre total que resultó ser la Guerra, era yo más consciente que la mayoría de la gente. La perspectiva me horrorizaba pero lo que daba más horror aún era el hecho de que la anticipación de la carnicería resultaba deliciosa para algo así como el 90% de la población. Tuve que revisar mis puntos de vista acerca de la naturaleza humana. En aquel tiempo ignoraba yo todo lo relacionado con el psicoanálisis, pero sólo llegué a tener una visión de las pasiones humanas cercana a la de los psicoanalistas. Alcancé esta visión en un esfuerzo por comprender el sentir popular sobre la Guerra. Suponía, hasta entonces, que era común que los padres amaran a sus hijos, pero la Guerra me persuadió de que son excepciones. Suponía que a la mayoría de la gente le interesaba el dinero por encima de casi todo lo demás, pero descubrí que les interesaba más la destrucción. Suponía que los intelectuales tenían con frecuencia amor a la verdad, pero encontré que ni un 10% de ellos prefieren la verdad a la fama.

En medio de todo esto, me torturaba también con el patriotismo. Las victorias de los alemanes antes de la batalla del Marne fueron terribles para mí. Ansiaba la derrota de Alemania con tanto ardor como cualquier coronel retirado. El amor a Inglaterra es casi la emoción más fuerte que poseo, y al pretender dejarla de lado en tales circunstancias, estaba yo haciendo una difícil renunciación. Sin embargo, nunca tuve dudas sobre lo que debía de hacer. He estado a veces paralizado por el escepticismo. Otras, he sido cínico; otras, indiferente, pero cuando se desencadenó la guerra tuve la sensación de haber escuchado la voz de Dios. Sabía que era de mi incumbencia el protestar por más fútil que resultara toda pro-

pan en esta guerra, no podrá ser absuelta en lo que toca a sus pasiones nacionales ni a su diplomacia.

Durante los últimos 10 años bajo el ala del Gobierno y una parte de la Prensa, se ha venido incubando un odio hacia Alemania y un gran temor a su Marina. No quiero sugerir que Alemania no tenga culpa; no niego que los crímenes de Alemania han sido todavía mayores que los nuestros. Pero sí afirmo que cualquier medida defensiva necesaria debió haberse tomado en un espíritu de ecuanimidad y futurismo, y no en un innecesario torbellino de pánico y sospechas. Es este pánico creado deliberadamente lo que ha venido formando la opinión pública, gracias a la cual nuestra participación en la guerra ha sido posible.

Nuestra diplomacia tampoco ha sido inocente. Arreglos secretos, ocultos al Parlamento e incluso, en un principio, a casi todo el Gabinete, a pesar de las reiteradas negativas, contrajeron una obligación que fue revelada súbitamente cuando la fiebre de guerra había alcanzado el punto en que la opinión



de jabón, a lo que respondió que no, que eso sería demasiado peligroso. Entonces, finalmente le pregunté que qué iba a hacer, en este punto cambió la conversación.

Gradualmente descubrí que no tenía verdaderos deseos de hacer un mundo mejor, sino de envolverse en un elocuente soliloquio acerca de lo mal que estaba.

En la cima de mi desesperación invernal de 1915, encontré un quehacer que resultó tan inútil como todos los demás, pero que en el momento me pareció de algún valor. Siendo América todavía neutral, escribí una carta abierta al Presidente Wilson apelando a él para que salvara al mundo:

Señor:

Usted tiene la oportunidad de efectuar un gran servicio a la humanidad, servicio que sobrepasaría al de Lincoln, con toda su grandeza. Está en su poder ponerle fin a esta guerra con una paz justa que haría lo posible por aliviar el miedo de nuevas guerras en un futuro cercano. Todavía no es demasiado tarde para salvar la civilización europea de la destrucción, pero sí lo será si se permite que la guerra continúe por los dos o tres años con que nos amenazan nuestros oficiales militares.

La situación militar se ha desarrollado al punto en que la cuestión última es clara para todo aquel que tenga capacidad de razonar. Debe resultar obvio para todas las autoridades de los países beligerantes que no hay victoria posible para ninguno de los bandos. Dentro de Europa, los alemanes tienen la ventaja, fuera de Europa, y en el mar, los aliados la tienen. Ningún lado está en posibilidad de ganar tan aplastante victoria como para obligar al otro a rendirse y hacer la paz. La guerra inflinge calamidades sin nombre a las naciones, pero no al grado de imposibilitar la continuación de la lucha. Es evidente que aunque la guerra se prolongue, las negociaciones tendrán que llevarse a cabo finalmente sobre la base de lo que sería sustancialmente la balanza actual de pérdidas y ganancias que resultarían en términos no muy distintos a los que podrían obtenerse ahora. El gobierno alemán ha reconocido este hecho y ha expresado su disposición en términos pacifistas que deben considerarse cuando menos como base para la discusión, ya que conceden los puntos relacionados con el honor de los Aliados. Los gobiernos aliados no han tenido el valor de aceptar públicamente lo que no pueden negar en privado: que la esperanza de una victoria arrolladora apenas puede tomarse en consideración. Por falta de este coraje, están dispuestos a envolver a Europa en los horrores que supone la continuación de la guerra, posiblemente por dos o tres años más. Esta situación es insostenible para todo ser humano. Usted, señor, puede ponerle fin a esto. Su poder constituye una oportunidad y una responsabilidad; y por sus previos actos, confío en que usted hará uso de su poder con un grado de

sabiduría y humanismo rara vez encontrado entre los hombres de estado. El daño ya causado por esta guerra es inconmensurable. No sólo se han perdido millones de vidas valiosas, no sólo otro tanto ha sido ultrajado, sino que todo el marco de la civilización se ha venido abajo. El miedo ha invadido lo más íntimo del ser humano y con el miedo ha sobrevenido la ferocidad que siempre le acompaña. El odio se ha convertido en la regla de vida y la injuria ajena es más anhelada que el bienestar propio. Las esperanzas de un progreso pacífico, como el disfrutado en años anteriores, ha muerto.

El terror y el salvajismo son el aire que respiramos. Las libertades que nuestros antepasados alcanzaron en siglos de esfuerzo, han sido sacrificadas en un día, y todas las naciones se ven condenadas al terrible fin de la destrucción mutua.

Pero todo esto no es nada en comparación con lo que el futuro nos tiene reservado si la guerra ha de continuar. Conforme la tensión vaya creciendo y el hastío de la guerra vaya inquietando más al hombre medio, la severidad de la represión tiene que ir en aumento. En todos los países beligerantes, los soldados heridos o en permiso, expresan su horror a la trinchera, una desesperanza de que se llegue a algún acuerdo militar y un profundo anhelo de paz. Nuestros militares han conseguido oponerse al otorgamiento de votos a los soldados, sin embargo, en todos los países se está tratando de persuadir a la población civil de que la fatiga de guerra está confinada sólo al soldado enemigo. La lista diaria de las pérdidas constituye un horror demasiado terrible para soportarse; y sin embargo, la defensa de la paz, en los soldados, es censurada como traición. Por todas partes, los amantes de la paz se encuentran con el diabólico argumento de que los hombres valientes que han muerto no han derramado su sangre en vano.

Y así, todo impulso de misericordia, para con los soldados que todavía viven, sucumbe por una falsa y estéril lealtad. Incluso los hombres dedicados a hacer municiones y otras tareas esenciales para la guerra han sido gradualmente sustituidos por mujeres y enlistados en el ejército. Existe un peligro muy real de que de no hacerse nada para calmar la furia de la pasión nacionalista, la civilización europea, como se ha conocido hasta ahora, sucumbirá tan absolutamente como sucumbió Roma ante los bárbaros. Podrá parecer extraño que la opinión pública parezca apoyar todo lo hecho por las autoridades para seguir con la guerra, pero esta apariencia es falsa. La continuación de la guerra es defendida activamente por las personas influyentes y por la prensa que está en todas partes bajo el control del gobierno. En otros sectores de la sociedad, el sentimiento es bien diferente del expresado por los periódicos, pero la opinión pública permanece callada y mal informada ya que aquellos que podrían dar alguna orientación se ven sujetos a tan serias represalias que pocos se atreven a protestar abiertamente, y esos pocos no pueden obtener una publicidad amplia. Basado en mi considerable experiencia personal, refor-



/paz/paz/paz/paz/paz/paz/paz/paz/paz/paz/paz



zada por todo lo que pueda aprender de los demás, creo que el deseo de paz es casi universal, no sólo entre los soldados sino entre las clases asalariadas y especialmente en los distritos industriales, a pesar de los altos salarios. Confío en que, de hacerse un plebiscito sobre la cuestión de las negociaciones, una mayoría arrolladora estaría a favor de su inicio, y lo mismo pasaría en Francia, Alemania, Austria y Hungría.

La aceptación de la continuación de las hostilidades está basada enteramente en el miedo. Cada nación cree que sus enemigos son los agresores y que pueden hacer resurgir la guerra en un futuro próximo si no se les derrota del todo. El gobierno de los Estados Unidos tiene el poder no sólo de obligar a los gobiernos europeos a que hagan la paz sino también de dar seguridad a la población, al hacerse garante de la paz. Tal acto, incluso si fuese resentido por los gobiernos, sería recibido con gran júbilo por los habitantes de todos los países. Si el gobierno alemán, como parece, no sólo restaurará el territorio conquistado, sino que dará su apoyo a la Liga para la Restauración de la Paz, el miedo disminuiría y es casi seguro que una oferta de mediación de usted daría lugar a un movimiento irrefrenable en favor de las negociaciones. Pero el desacuerdo es tan insuperable que no hay ninguna perspectiva de terminar la guerra excepto por el intermediario de una fuerza extranjera que sólo puede venir de usted.

Algunos se preguntarán qué derecho tengo yo de dirigirme a usted. No tengo ningún título oficial, no formo parte de la maquinaria del gobierno. Hablo sólo porque siento la necesidad de hacerlo; porque otros, que debieran haber recordado la civilización y la hermandad humanas se han dejado barrer por la pasión nacionalista; porque me veo obligado a hablar en nombre de la razón y la merced, antes de que se piense que nadie en Europa recuerda ya la labor que ha realizado y deberá seguir realizando para la humanidad.

Es a las razas europeas, dentro y fuera de Europa, que el mundo debe la mayoría de lo que posee en materia de pensamiento, ciencia, arte e ideales políticos y de esperanzas para el futuro. Si permiten su destrucción, algo más valioso que el prestigio diplomático se habrá perdido, algo incomparablemente más valioso que una estéril victoria que dejará inertes a los vencedores mismos. Al igual que mis compatriotas, deseo ardientemente la victoria de los Aliados; con ellos he padecido cuando la victoria se ha hecho esperar. Pero siempre he recordado que Europa tiene tareas comunes que realizar; que una guerra entre naciones europeas es en esencia una guerra civil; que lo que pensamos de nuestros enemigos lo piensan ellos de nosotros; y que es difícil para un beligerante en tiempo de guerra ver los hechos objetivamente. Por encima de todo, veo que ninguna de las cuestiones de la guerra es tan importante como la paz; el daño ocasionado por una paz que no conceda todo lo que deseamos no es nada junto al daño ocasionado por la continuación de la guerra. Mientras todos en Europa ha-

blan por lo que falsamente creen que es el interés de su país, separadamente, yo me veo obligado a hablar —con una convicción profunda— por todas las naciones en el nombre de Europa. En el nombre de Europa apelo a usted para que nos traiga la paz.

Bertrand Russell

En otra ocasión, hablé en una Iglesia de la Hermandad. En aquella época todos los pacifistas éramos considerados cobardes. Y mientras hablaba se armó un aquelarre. Los de la vecindad, encabezados por algunos oficiales, irrumpieron violentamente usando tablas con clavos. Los oficiales trataron de sacar primero a las mujeres para después darnos nuestro merecido. Una dama se portó admirablemente. Rehusó dejar la sala hasta que no se les permitiera salir también a los hombres. Las demás mujeres la apoyaron, cosa que disgustó un poco a los oficiales. Pero enseguida se armó el *pandemonium*. Todos trataban de escapar como mejor podían mientras que la policía observaba complacida. Dos de los marimachos armados con sus tablas con clavos me atacaron. Mientras pensaba yo en la mejor manera de defenderme de este tipo de ataque, una de las mujeres fue hacia los policías para que me defendieran, a lo que respondieron dándonos la espalda. “Pero si es un eminente filósofo” gritaba la dama. “Es famoso en todo el mundo como hombre de saber.” La policía permaneció impávida. “Pero si es el hermano de un Earl!” exclamó al fin. Y en ese momento la policía se apresuró a rescatarme.

Para este tiempo mis relaciones con el gobierno se habían hecho tensas. En 1916 escribí un volante sin mi nombre y resultó que a los que lo habían repartido los metieron a la cárcel. Escribí al *Times* diciendo que yo era el autor. Fui procesado e hice un largo discurso en defensa propia con lo que gané que sólo me multaran con 100 libras; multa que no pagué de modo que mis bienes en Cambridge fueron vendidos para pagarla. Después, mis amigos, que habían adquirido mis objetos, me los regresaron, haciéndome sentir así la futilidad de mi protesta. Con esto, sin embargo, sí perdí mi cátedra de Cambridge. Al finalizar la guerra me la ofrecieron de nuevo pero yo no la acepté.

He aquí el texto del volante:



DOS AÑOS DE TRABAJOS FORZADOS POR REHUSARSE A OBEDECER LOS DICTADOS DE LA CONCIENCIA

Esta fue la sentencia de Ernest F. Everett el 10 de abril de 1916. Everett era un profesor que se había opuesto a la guerra desde los 16 años. Apeló por razones de conciencia ante el Tribunal local donde fue tratado muy injustamente llegando incluso a lograr que fuera despedido de su escuela. Reconocían su inconformidad sólo hasta el punto de otorgarle el permiso de "no-combatiente". Pero dado que el propósito de dicho permiso era colaborar en la prosecución de la guerra, le resultó imposible aceptar la decisión de los tribunales.

El 31 de marzo fue arrestado y conducido ante el Magistrado. Lo multaron y lo entregaron a las autoridades militares quienes lo llevaron a las barracas de Warrington en donde fue forzado a ponerse el uniforme. El primero de abril lo llevaron a Abergell y fue puesto en el Cuerpo de No-Combatientes que es parte del ejército.

Adoptó la política de resistencia pasiva frente a toda orden militar. El cabo informó al teniente quien repitió la orden a la que Everett se había rehusado a obedecer y le previno de la seriedad de su conducta. Everett volvió a contestar cortésmente y explicó que por razones de conciencia no podía obedecer. El teniente lo castigó mandándolo a pasar la noche en el cuarto de guardia.

El capitán visitó al prisionero quien afirmó nuevamente que no obedecería órdenes. Entonces el capitán ordenó que se le llevara al comandante con el cargo de desobediencia.

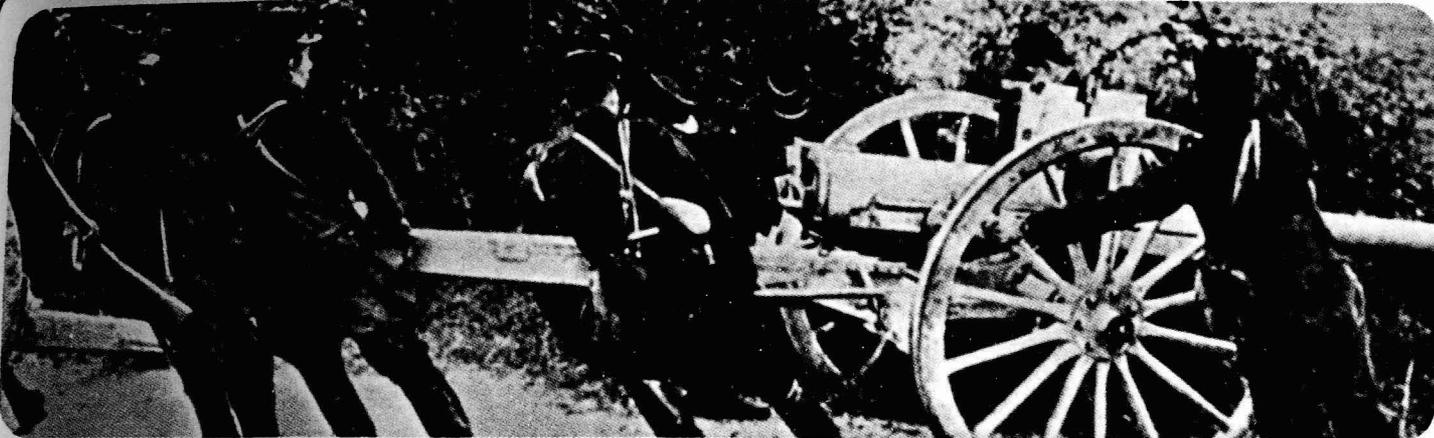
El resultado fue que se le enjuició en Corte Marcial el 10 de abril. En su defensa declaró: "Estoy preparado para realizar tareas de importancia nacional siempre y cuando no incluyan el servicio militar..."

La sentencia fue dos años de trabajos forzados. Everett está sufriendo ahora ese castigo salvaje sólo por rehusarse a hacer lo que va en contra de su conciencia. Está peleando la vieja batalla por la libertad y en contra de la persecución religiosa con el mismo espíritu que los mártires sufrieron en el pasado. ¿Se unirá usted a los perseguidores? O ¿apoyará a aquéllos que defienden la conciencia al precio de la deshonra y el sufrimiento mental y corporal?

Cuarenta hombres más están sufriendo la misma persecución que Everett. ¿Puede usted permanecer en el silencio mientras todo esto sucede?



! / paz / pa



Los trabajadores de las fábricas de municiones, por raro que pareciera, tendían a ser pacifistas. Mis discursos ante ellos, en el sur de Gales, causaron que el Ministerio de Guerra ordenara que no se me permitiera andar por las "zonas de prohibición", aquellas zonas en las que no se deseaba que ningún espía penetrara. Incluían a toda la costa. Todas estas cosas me estimulaban a seguir adelante con mi trabajo. No puedo nunca dejar de luchar por miedo a las consecuencias.

Cuando fui enviado a la prisión, sin embargo, decidí que ya nada quedaba por hacer. Había un periódico llamado *El Tribunal* en donde escribía yo artículos semanales. Después fui sentenciado a seis meses de cárcel. Durante este tiempo conservé mi dignidad. Podía yo leer y escribir a mis anchas, sin ser molestado, siempre y cuando no fuera propaganda pacifista. Escribí un libro *Introducción a la filosofía matemática*, versión semipopular de *Los principios de la matemática* y empecé a trabajar en *El análisis de la mente*.

Me interesaba en mis compañeros de prisión a quienes de ninguna manera consideraba moralmente inferiores al resto de la humanidad. Aunque su inteligencia estuviera a veces por debajo de la normal, como lo demostraba el hecho de haber sido aprehendidos. Me recibió el guardián de la prisión; al tomar mis señas me preguntó mi religión, a lo que yo contesté "Agnóstico". Me preguntó cómo se escribía eso y añadió, "Bueno, hay muchas religiones pero supongo que todos adoran al mismo Dios." Esto me mantuvo alegre toda una semana. En otra ocasión, leyendo *Los victorianos eminentes*, de Strachey me reí tan fuerte que vino a callarme y a recordarme que la prisión era un lugar de castigo.

Algunos de mis estados de ánimo en la prisión son ilustrados por las siguientes cartas a mi hermano:

Mayo 6, 1918

La vida aquí es como un transoceánico. Se le encierra a uno con un grupo de personas sin posibilidad de escapar más que a su celda. No veo ninguna señal de que sean peores que el común de las gentes, excepto quizá con menos fuerza de voluntad, juzgando por sus caras. Ésto se aplica a los delinquentes comunes.

Una de las más graves desgracias es estar privado de ver a los amigos. Fue un gran placer verte a ti el otro día. El ver a la gente que quiero nunca me será indiferente, aunque el pensar en ellos sea una gran satisfacción. La "huelga" de responsabilidad es un placer aquí. El descanso para los nervios y la voluntad es celestial. Uno se ve libre de la torturante pregunta: "¿Qué más puedo estar haciendo? ¿Hay alguna acción eficaz en la que no haya pensado? ¿Tengo derecho a abandonar todo y regresar a la filosofía?" Aquí, tengo que dejar todo de lado, lo que constituye un descanso mayor a toda elec-



ción y duda. La prisión tiene algunas de las ventajas de la Iglesia Católica.

... leyendo algunos libros de la generación pasada, puede uno apreciar que nuestra generación, en comparación, está mucho más desquiciada porque se ha permitido vislumbrar la verdad; y la verdad es espectral, desquiciante, terrible: entre más se acercan los hombres, menos salud mental retienen. Los victorianos eran sanos y exitosos porque nunca se acercaron a la verdad. Por mi parte, prefiero vivir loco con la verdad que sano con la mentira.

... sostengo mi tesis que te mencionaba el otro día: que toda energía insólita está inspirada en un insólito grado de vanidad...

Salí de la prisión en septiembre de 1918, cuando ya era claro que la guerra se acercaba a su fin. Durante las últimas semanas, basé mis esperanzas, como mucha gente, en Woodrow Wilson. El fin de la guerra vino tan rápida y dramáticamente que nadie tuvo tiempo de reajustar sus sentimientos a las circunstancias. Supe yo, con unas horas de anticipación, que el armisticio estaba por llegar. Salí a la calle y al encontrarme a un soldado



belga, le comunicué la noticia, a lo que respondió: "Tiens, c'est chic." Entré a una tabaquería y le di la noticia a la señora que me atendió y dijo: "Me alegra, porque ahora ya podremos deshacernos de los alemanes de aquí." A las 11 de la mañana cuando fue anunciado el armisticio, me encontraba yo en la calle de Tottenham. En dos minutos toda la gente salió a las calles. Vi a un hombre y una mujer, extraños entre sí, besarse en medio de la calle.

Ya tarde me quedé solo en la calle observando el temperamento de la muchedumbre, como lo hice en los días de agosto cuatro años antes. Era todavía frívola y no había aprendido nada durante el periodo de horror, excepto a arrebatarse el placer con mayor derroche que antes. Me sentí singularmente solitario entre el regocijo de las masas, como un fantasma caído por accidente de otro planeta. Es verdad, yo gozaba también, pero no podía encontrar nada en común con el regocijo de la masa. A lo largo de mi vida he anhelado sentir esa unión con las grandes congregaciones humanas que experimentan los miembros de una comunidad entusiasta. Este anhelo ha sido tan fuerte que me ha llevado a la decepción de mí mismo. Me he imaginado un liberal, un socialista, un pacifista, pero nunca he sido nada de esto en un sentido profundo. Siempre el intelectual escéptico, cuando más lo he querido silenciar, me ha asaltado con dudas, y me ha impedido disfrutar del fácil entusiasmo de los otros, y me ha transportado a una soledad desolada. Durante la guerra, cuando trabajaba con los cuáqueros y con los socialistas, aceptando la impopularidad ante la opinión contraria, les decía yo a los cuáqueros que yo consideraba que muchas guerras en la historia tenían justificación; y a los socialistas les decía que temía yo, con horror, la tiranía del Estado. Me miraban de tal manera que nunca me volvieron a considerar como uno de ellos.

Detrás de toda ocupación y todo placer, he sentido desde temprana edad, la soledad. Cuando más la he escapado es en los momentos de amor, pero incluso entonces, descubrí que el escape dependía, en parte, en la ilusión.* No he conocido nin-

guna mujer para quien el interés intelectual reclamara tanto, y fuera tan absoluto, como para mí; y dondequiera que el intelecto intervenía, encontré que la simpatía que buscaba en el amor fallaba.

Lo que Spinoza llama "el amor intelectual de Dios" me ha parecido lo mejor por lo que se puede vivir, pero yo ni siquiera tengo ese Dios tan abstracto, que Spinoza se permitió crear, a quien atar mi amor intelectual. He amado a un fantasma, y al amar a un fantasma me he hecho, en lo más íntimo, espectral. Por ello lo he enterrado en lo más profundo, bajo capas de alegría, afecto y gozo por la vida. Pero mis sentimientos más profundos han permanecido siempre solitarios sin encontrar compañía humana. El mar, las estrellas, el viento de la noche, significan más para mí que algunos seres queridos.

La guerra del 14 cambió todo para mí. Dejé de ser académico y me dediqué a escribir un nuevo tipo de libros. Cambié mi concepción de la naturaleza humana. Por primera vez me convencí de que el puritanismo no ayuda a lograr la felicidad humana. Por el espectáculo de la muerte, adquirí un nuevo amor por todo lo que vive. Me convencí de que a la mayoría de los seres humanos los posee una profunda infelicidad que se vierte en iras destructivas, y que es sólo por medio de la difusión del gozo instintivo que puede alcanzarse un mundo mejor. Me di cuenta de que tanto reformadores como reaccionarios, en nuestro mundo actual, se han distorsionado por la crueldad. Me hice sospechoso de todo propósito que requiera una estricta disciplina. Experimenté una gran dificultad para no convertirme en un antinómico al oponerme al propósito de la comunidad y al encontrar las virtudes cotidianas, usadas como medio para el asesinato de alemanes. Pero me salvé de esto por la profunda compasión que sentía por las penas del mundo.

Perdí viejos amigos, hice nuevos. Conocí a gente a la que llegué a admirar por su entereza y sus convicciones.

Al terminar la guerra, me di cuenta de que todo lo que había hecho había sido totalmente inútil, excepto para mí mismo. No había salvado ni una sola vida ni acortado la guerra ni un minuto. No había logrado hacer nada para disminuir la amargura causada por el Tratado de Versalles. Pero en todo caso, no había yo sido cómplice del crimen de todas las naciones beligerantes y, para mí mismo, había adquirido una nueva filosofía y una nueva juventud. Me había liberado de títulos nobiliarios y de puritanismos. Había logrado una comprensión de los procesos instintivos que no poseía yo y adquirí cierto porte a causa de esa larga soledad. En los días del armisticio todas las esperanzas estaban puestas en Wilson. Otros habían encontrado su inspiración en la Rusia bolchevique. Pero cuando descubrí que ninguna de esas fuentes de optimismo estaba a mi alcance, fui capaz de no caer en la depresión total. Estoy ahora a la expectativa de lo peor, que creo habrá de venir; pero no por ello dejo de creer que los hombres y las mujeres aprenderán al fin el sencillo secreto del gozo instintivo.

* Esto fue escrito en 1931 y no sigo pensando igual. [Nota del autor.]

Traducción de Fernanda Navarro

z/paz/paz/paz/paz/paz/paz/paz/paz/paz/paz/pa